



## EL MARXISMO Y LA SUBALTERNIDAD:

### ¿De la práctica revolucionaria a la precesión de simulacros?

Juan Carlos Rico Noguera<sup>1</sup>

“Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*” (Marx, 1845)

#### Resumen:

El presente artículo desarrolla la relación existente entre los estudios subalternos y la teoría marxista, una relación que es imposible de omitir dado que la subalternidad se alimenta en sus conceptos centrales de las reflexiones gramscianas. El capítulo se dividirá en cinco partes: una breve introducción al problema en cuestión; un repaso a la historia del marxismo desde lo expuesto por Chantal Mouffe y Ernesto Laclau en su obra “Hegemonía y estrategia socialista”; una revisión a la relación entre estudios subalternos y marxismo; el señalamiento a la problemática realidad de los estudios subalternos cuando alrededor de los sujetos subalternos crean simulacros que encuentran sentido en los mercados culturales; y finalmente las conclusiones.

#### Palabras clave:

Marxismo, estudios subalternos, marxismo gramsciano, simulacro.

#### Summary:

This paper develops the relationship between subaltern studies and marxist theory, a relationship that is impossible to ignore since subalternity is fed into its central concepts by gramscian reflections. The chapter is divided into five sections: a brief introduction to the problem at hand; a review of the history of Marxism from the view of Chantal Mouffe and Ernesto Laclau in their book “Hegemony and socialist strategy”; a review of the relationship between subaltern studies and Marxism; a pointing to the current problems of subaltern studies when about subaltern create simulations that find meaning in cultural markets; and finally the conclusions.

#### Keywords:

Marxism, subaltern studies, gramscian Marxism, simulation.

---

<sup>1</sup> Estudiante de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Sergio Arboleda. Juan 89\_19@hotmail.com

## **I.- INTRODUCCIÓN**

No sabría decir cuantas veces se ha citado la frase de arriba, de hecho tal vez sea una de las más conocidas de Marx más no por eso ha sido igualmente aplicada por la legión de sus herederos intelectuales en ya casi ciento treinta años tras su muerte. En ese periodo de tiempo el marxismo ha conocido varias reinterpretaciones y pugnas en su interior. Ha asumido retos gigantescos provenientes de corrientes de pensamiento críticas que si bien se alimentan en mayor o menor medida de él, convergen en el rechazo al marxismo como teoría explicativa y liberadora del mundo. El caso es que tras los casi ciento treinta años de muerte de Karl Marx, su celebre onceava tesis sobre Feuerbach sigue retumbando en la conciencia de aquellos que si bien esperan conocer de una manera más veraz al mundo que habitan, saben que el compromiso político y práctico con el cambio radical de la sociedad en que vivimos es una lucha tan o más importante que el mismo conocimiento. En esa medida es necesario evaluar si la teoría avanza hacia prácticas liberadoras o si más bien la teoría se presenta como excusa para un “quietismo reflexivo”, que como sugirió Marx, piensa el mundo pero no lo cambia.

Por otro lado hay que reconocer que el marxismo se ha quedado corto a la hora de explicar muchas realidades. Los estudios culturales, la teoría postcolonial y la subalternidad se presentan como alternativas para entender una realidad que no es la misma que vivió Marx, y que además reconocen “puntos ciegos” (Castro-Gómez, 2005) dentro de su interpretación del sistema capitalista y el mundo. En este texto lo que se abordará es la perspectiva de los estudios subalternos y su relación con el marxismo, tanto en términos de lo que esos estudios le deben como en términos de sus aportes originales. De hecho puede afirmarse que los estudios subalternos y el marxismo se relacionan positivamente entre si a la hora de comprender la realidad, pues como afirma Ernesto Laclau, la historia del marxismo parece conducir a una ampliación de los límites del análisis entendiendo cada vez de forma más amplia las dominaciones existentes y las alternativas de emancipación (Laclau & Mouffe, 2000) . Sin embargo los estudios subalternos tienen problemas potenciales al casi legitimar la condición del subalterno e incluso por instantes llegar a lo que Baudrillard entendería como un simulacro; un simulacro del subalterno. Con ese simulacro precisamente se llega a la eliminación de cualquier acción emancipadora, y es por ello que es de gran importancia recordar la onceava tesis sobre Feuerbach.

En orden a mostrar la sinergia existente entre estudios subalternos y marxismo, pero también en exponer los problemas que pueden surgir entre ambas corrientes, el capítulo se dividirá en tres partes: la exposición del marxismo como un trasegar hacia la apertura de sus límites economicistas; la consecuente relación entre el marxismo y la subalternidad, que tendrá tanto acercamientos como alejamientos; y finalmente el vicio al que los estudios subalternos llegan por momentos, el simulacro del subalterno.

## **II.- EL MARXISMO LEIDO DESDE LACLAU Y MOUFFE.**

La lectura que hacen Laclau y Mouffe sobre el marxismo es una que parte de una encrucijada dentro del proyecto de la izquierda política y teórica. Una encrucijada que pasa por el fracaso de la experiencia comunista y las consecuentes desilusiones y críticas a

los fundamentos teóricos y políticos del proyecto socialista<sup>2</sup>, pero que también pasa por las nuevas luchas sociales, y encuentra respuesta en una superación del marxismo clásico.

Ese marxismo clásico se entenderá como una teoría que efectivamente surge con y del esencialismo propio del iluminismo, pero que con rupturas como la iniciada por Antonio Gramsci (para los autores un momento “transicional” dentro del marxismo) y las realidades posindustriales se va modificando hacia el “posmarxismo”, que sería el sustento teórico de un socialismo que espera responder a los nuevos antagonismos, a las diferentes formas de subordinación que trascienden la clase social como la raza, el sexo, o la tierra, y que se solucionarían con la aplicación de una democracia radicalizada (Laclau & Mouffe, 1987). Esa democracia radicalizada, si bien se alimenta del proyecto político moderno (iluminista), solo sería posible abandonando muchos de los principios epistemológicos de la misma modernidad que impiden ver la pluralidad de las luchas políticas actuales (Laclau & Mouffe, 1987).

Laclau y Mouffe proponen entonces, para entender y superar la crisis generada por la encrucijada de la desilusión y las nuevas realidades, la revisión del concepto de la hegemonía, según ellos, el que introdujo una lógica de lo social incompatible con las categorías del marxismo clásico (Laclau & Mouffe, 1987). Laclau y Mouffe son conscientes de que su lectura rompe profundamente con imaginarios marxistas como la centralidad histórica de la clase obrera, la revolución como fundación de un tránsito de una sociedad a otra, o la voluntad colectiva homogénea como último estadio de la civilización, y por ello afirmarán la superación del marxismo en el “posmarxismo”, pues a pesar de todo sostendrán que el marxismo es compatible con las nuevas realidades si repiensa algunas de sus posturas más dogmáticas (Laclau & Mouffe, 1987).

La aparición del concepto “hegemonía” es el resultado y la respuesta a una crisis profunda por la que pasó el marxismo a fines del siglo XIX, crisis que recibió tres tipos de respuestas: la creación del marxismo ortodoxo, el revisionismo, y el sindicalismo revolucionario (Laclau & Mouffe, 1987). ¿Pero de qué crisis hablan Laclau y Mouffe? Como bien se sabe, el marxismo pretendió haber descubierto la “ley de la historia” (de hecho muchos hablarían de la ciencia marxista), una ley que básicamente dirá que los cambios de las sociedades tienen su explicación fundamental en los cambios de la infraestructura, eso es, el cambio en la estructura económica (Harnecker, 2007). Las formas de conciencia social (ideologías, cultura, religión, etc.) y el Estado con su organización jurídica y política son un resultado mecánico de la infraestructura, y es en ella donde se tejen las formas y las alternativas revolucionarias gracias a los intereses opuestos y contradictorios de las clases sociales, que en última medida permiten el avance de la historia. En el capitalismo la lucha es entre Burgueses y obreros, y estos últimos son los sujetos llamados por la historia a acabar definitivamente con la sociedad de clases. En conclusión, hay una necesidad histórica en orden a que la misma historia siga avanzando de que los obreros derroquen el sistema burgués.

La visión mecanicista que se acaba de presentar es la punta del problema que lleva a la creación del concepto de hegemonía, pues la necesidad histórica se tendrá que enfrentar con la lógica de lo contingente (Laclau & Mouffe, 1987). La contingencia dentro de los análisis marxistas aparece con una extraña realidad para la mentalidad marxista de ese tiempo. Alemania, a pesar de las crisis acontecidas del capitalismo que tendrían que llevar

---

<sup>2</sup> Laclau y Mouffe señalarán que los retos más importantes vinieron desde el posestructuralismo y el rechazo a la metafísica de la presencia.

al sistema a su destrucción, continuó siendo un sistema capitalista donde incluso la unidad de la clase obrera se vio seriamente afectada. Los sindicatos y sus intereses económicos mediatos se separaron de la dirección política con sus intereses económicos de largo plazo. Incluso a pesar de las predicciones de Kautsky los sectores medios empezaron a crecer, y el proletariado no se pauperizó.

Sería erróneo ver en esta crisis tan sólo un momento pasajero; por el contrario, a partir de ella el marxismo perdió definitivamente la inocencia. A medida que el paradigma marxista se vio sometido a la «presión estructural» de situaciones cada vez más atípicas desde el punto de vista de la secuencia de sus categorías, encontró cada vez más difícil reducir las relaciones sociales a momentos estructurales internos a aquéllas. Una proliferación de cesuras y discontinuidades pasan, a partir de entonces, a quebrantar la unidad de un discurso que se consideraba profundamente monista. (Laclau & Mouffe, 1987, p. 36)

El quiebre de las predicciones de la “ciencia marxista” frente a la realidad observable llevó a la crisis, y como ya se mencionó recibió tres respuestas. La primera de ellas fue la ortodoxia marxista. La ortodoxia se aleja del marxismo clásico al olvidar el objetivo de sistematizar tendencias históricas observables, cambiándolo por el esfuerzo de hacer coincidir tales coincidencias con el acontecer real, es decir, “que el campo de constitución de la ortodoxia es el campo de una escisión creciente entre teoría marxista y práctica política de la socialdemocracia” (Laclau & Mouffe, 1987, p. 37). La crisis que por ejemplo Kautsky encuentra es que existe una brecha cada vez más grande entre la conciencia del obrero y su misión histórica, con lo que pretende que una exterioridad tienda un puente, y ella sería la intelectualidad. En términos generales la “respuesta ortodoxa a la «crisis del marxismo» consistió, pues, en la superación de la escisión entre «tendencias observables del capitalismo » y «teoría» a través de la afirmación intransigente de la validez de la segunda y del carácter artificial o transitorio de las primeras” (Laclau & Mouffe, 1987, p. 57).

La segunda respuesta, el revisionismo, intentará responder al problema de la fragmentación obrera a través de la intervención política autónoma, y en esa medida el aporte Bernsteiniano (Bernstein es el principal referente de esta respuesta) romperá de forma gigantesca con la tradición ortodoxa (Laclau & Mouffe, 1987). Para Bernstein lo político es autónomo de la infraestructura, sin embargo no alcanzará a hacer una ruptura completa del economicismo. Muestra de ello es que si bien en Bernstein el partido obrero debía contar con otros sectores oprimidos, todos debían aceptar el punto de vista de los obreros (Laclau & Mouffe, 1987), ya que de todas formas la evolución social y política dependía de esa clase. Otro aspecto importante en Bernstein será que para él la clase obrera ya está en el terreno del Estado, y por lo tanto era una afirmación dogmática seguir pensando en términos de que los obreros solo mantenían relaciones de exterioridad con él (Laclau & Mouffe, 1987). En consecuencia para Bernstein la actuación dentro de la democracia era tan posible como importante.

Pese al rompimiento importante de Bernstein con la ortodoxia, él terminará llegando a la misma paradoja que lo indujo a revisar los contenidos del marxismo. La infraestructura por si sola no es capaz de asegurar la unidad de la clase trabajadora, pero la acción política no puede asegurar tampoco el carácter clasista de los sujetos (Laclau & Mouffe, 1987). Téngase en cuenta la afirmación infundada de Bernstein bajo la cual el partido de los oprimidos debe ser guiado por las ideas obreras. Para empezar el imperativo no se

justifica, y para terminar, el imperativo no podía asegurar el desenlace que buscaba. En esa medida la acción política no podía asegurar el carácter clasista de los sujetos, o en otras palabras, de los subalternos. La tercera respuesta a la crisis del marxismo será sin lugar a dudas la que más claridad tiene sobre los sacrificios que debía hacer el marxismo para salir de la crisis (Laclau & Mouffe, 1987), y dará pasos agigantados para dejar atrás también la paradoja que no logró solucionar ni la visión ortodoxa ni la revisionista.

El sindicalismo revolucionario de Sorel es la tercera respuesta ¿pero cómo llega Sorel a ella? Para Sorel la contingencia reemplaza la necesidad histórica como factor explicativo, ya que para él, a diferencia de para el resto de los marxistas, el cambio histórico ascendente no estaba asegurado. Siempre existía la posibilidad de desviarse, y si se acepta la visión del materialismo histórico donde el fin de la historia es el comunismo, Sorel no se equivocó, y el nacimiento del fascismo es una de sus pruebas más contundentes. Para Sorel entonces el marxismo no es un conjunto de leyes que entienden el desarrollo de la sociedad, para él es la ideología que une al proletariado y da sentido a su lucha (Laclau & Mouffe, 1987). Las ideologías o soportes expresivos “operan como elementos de condensación y aglutinación de fuerzas históricas - a las que Sorel habrá de llamar bloques” (Laclau & Mouffe, 1987, p. 73).

Al ser el marxismo una ideología, muchos supuestos quedan en el aire para ser reemplazados por otros. “La *totalidad* como sustrato racional fundante se ha disuelto y lo que existe es *mélange*” (Laclau & Mouffe, 1987, p. 74). *Mélange*, que en francés quiere decir mezcla, referirá a la realidad como un lugar donde las clases como sujetos históricos están entremezcladas. Ello llevará a que la manera en que las clases se “reagrupan” sea a partir de los bloques. La historia en Sorel es imprevisible entonces, y dependerá de los bloques el que se creen las condiciones, entre ellas fundamentalmente la identidad y la lucha, para que se de un enfrentamiento entre fuerzas opuestas. La figura de la huelga general del sindicalismo es uno de esos momentos que crean identidad mediante la condensación ideológica, lo que finalmente querría decir que la división de la sociedad en clases no es tanto un dato sociológico, es “la construcción al nivel de los factores morales de los enfrentamientos entre grupos” (Laclau & Mouffe, 1987, p. 77). Pero aquí se vuelve de nuevo a la paradoja que ni la ortodoxia ni el revisionismo lograron solucionar, la infraestructura, en el caso de la ortodoxia, o la reconstrucción política, en el caso de Bernstein y ahora de Sorel, termina necesariamente en la formación de un sujeto de clase. Todavía no existen oprimidos más allá de la clase, y no será sino hasta Gramsci cuando con su empresa de la “apertura categorial” trascienda los límites del marxismo de la segunda internacional que acaban de mostrarse.

El concepto de hegemonía es creado en el proceso revolucionario ruso, ya que fue el nombre que se le dio a una realidad que hasta ese momento no había sido concebida por los análisis marxistas: la clase obrera debía realizar tareas que no le eran propias, debía ejercer los papeles de la burguesía (Laclau & Mouffe, 1987). La situación rusa no era nada fácil para los marxistas, ya que el desarrollo de la clase burguesa no permitía que ella pasara sobre los zares, de tal forma que, no sin debate y controversias, se decidiera que fuera el proletariado quien con su fuerza ejerciera tanto las tareas históricas de la clase burguesa como las propias. Esa es la hegemonía desde el planteamiento ruso, una hegemonía que debía llevarse a cabo incluso con la famosa alianza de clases que Lenin llevó a cabo en los primeros años de la revolución rusa. Sin embargo el concepto de hegemonía no paró en Rusia, Gramsci lo tomó y lo reajustó de acuerdo a su experiencia revolucionaria en Italia. La hegemonía y el debate de la segunda internacional llevó a

pensar a Gramsci en que las clases no eran un dato sociológico, tal como apuntara Sorel, más bien eran “voluntades colectivas” (Laclau & Mouffe, 2000) que, de acuerdo a una dirección intelectual y moral, luchaban para contrarrestar el bloque hegemónico vigente en su momento histórico, un bloque que no era de clase necesariamente, era uno de voluntades colectivas.

Tal como se ha visto hasta el momento en la lectura que Laclau y Mouffe desarrollan sobre la historia del marxismo, que no termina aquí pero que sin duda sirve para ilustrar su punto, éste transitó del esencialismo economicista de los ortodoxos hacia casi un juego de lenguaje y una lógica del significante en Gramsci (Laclau & Mouffe, 2000). La hegemonía, concepto que muestra que la linealidad histórica marxista no era tan válida, que existían cruces inter-clase, o que incluso negaba la existencia de la misma tal como fuera planteada por el marxismo clásico de la segunda internacional<sup>3</sup>, llevó a dos desenlaces importantes: en primer lugar, la clase como sujeto fundamental del cambio histórico se ve desplazada por la realidad de las prácticas revolucionarias de los inicios del siglo XX hacia un lugar de indeterminación ontológica, que la lleva a ejercer tareas que no le “correspondían históricamente”; y en segundo lugar, al avanzar hacia la conceptualización de la clase como una “voluntad colectiva” aparece un concepto fundamental, el concepto del subalterno.

### **III.- MARXISMO Y SUBALTERNIDAD.**

Como se ha expuesto hasta ahora, la necesidad histórica, un concepto tan importante para el marxismo ortodoxo, se estrelló no solo con hechos que impedían una corroboración real de la existencia de tal necesidad, se estrelló también con una oposición que iba creciendo en el tiempo desde el mismo marxismo, primero con el revisionismo y luego con el sindicalismo revolucionario de Sorel. Sin embargo será Gramsci el que logrará ser la bisagra que permita transitar hacia una nueva forma de concebir las luchas sociales, y su concepto de hegemonía será vital. Como ya se vio, el concepto de hegemonía lleva a pensar en el concepto de subalterno y es por ello que se puede vislumbrar una relación necesaria entre la corriente marxista y la corriente de los estudios subalternos, por lo menos para empezar.

El concepto de “subalterno” dentro del pensamiento marxista había sido utilizado antes de que Gramsci creara todo un programa de investigación sobre él, sin embargo no se referiría a lo mismo. Para Marx, Lenin, o incluso Trotsky, el subalterno era una categoría utilizada para referirse a los sujetos subordinados a jerarquías militares u administrativas (Modonesi, 2010). Para Gramsci el significado de tal concepto cobró un sentido distinto, sobre todo por la influencia que en él tuvo Sorel y el concepto de hegemonía ruso. Cabe señalar que Gramsci inició la tarea de abordar lo subalterno gracias a que supuso que en el corazón de la tarea marxista estaba la develación de la experiencia de los subordinados, tanto su relación entre ellos como su relación con las esferas dominantes de la sociedad. Finalmente dependía de ese entendimiento, en gran medida, el triunfo o fracaso de las estrategias revolucionarias.

Como ya se dijo en lo referente a el concepto de hegemonía, Gramsci adaptó el ya para ese momento extenso conjunto de teoría marxista a su experiencia política en Italia. Sus

---

<sup>3</sup> Modonesi sostendrá que la lectura que Gramsci hace sobre la clase social es de las más cercanas a la conceptualización que el mismo Marx hizo sobre ella: la clase como un proceso o una relación, no como un dato de estadística (Modonesi, 2010).

luchas en los comités de fábrica y su leninismo fueron de gran importancia para las reflexiones que tendría en la cárcel (Modonesi, 2010). La primera aparición del concepto de subalterno fue en su tercer cuaderno, donde sostendrá que

“La historia de las clases subalternas es necesariamente disgregada y episódica: hay en la actividad de estas clases una tendencia a la unificación aunque sea en planos provisionales, pero ésa es la parte menos visible y que solo se demuestra después de consumada. Las clases subalternas sufren la iniciativa de la clase dominante, incluso cuando se rebelan; están en estado de defensa alarmada. Por ello cualquier brote de iniciativa autónoma es de inestimable valor”. (Modonesi, 2010, p. 31)

En ese pequeño apartado es claramente visible un conjunto de elementos: en primera medida no existe una clase subalterna como se hubiera podido pensar en el análisis marxista ortodoxo, en realidad hay una pluralidad de clases subalternas tal como sostuviera Bernstein en su momento, y ellas se encuentran en un estado disgregado. Por otro lado la autonomía de las clases subalternas no existe, o por lo menos casi nunca, ya que ellas incluso cuando se rebelan sufren la iniciativa de las clases dominantes. Este último punto, el tocante a la autonomía del subalterno, será un lugar divisorio entre los estudios subalternos y el marxismo como se verá más adelante, sin embargo tiene sentido si se toma en cuenta el concepto de hegemonía, donde el orden no solo se establece y mantiene mediante la coerción física, también lo hace a partir del arreglo entre clases dominantes y subalternas, de tal forma que en la cotidianidad pueda verse, con más frecuencia de lo que se pudiera esperar, legitimación de la opresión por parte de los oprimidos<sup>4</sup>.

Un acontecimiento interesante en la conceptualización que Gramsci hace sobre los subalternos es el cambio de denominación que de ellos hace en un momento determinado. Deja de llamarlos “clase de los subalternos” para llamarlos “grupos subalternos” lo que

“abre a dos posibles interpretaciones: que Gramsci quisiera ser más preciso en su manejo de la noción de clase y no extenderla a la multiplicidad de formas de la subalternidad -para señalar su densidad política o su rasgo productivo y estrictamente obrero- o que estuviera tendencialmente abandonando el marco estrictamente clasista para analizar la diversidad de los fenómenos político y socio-culturales. Son quizás solamente dos niveles de análisis y de abstracción, aunque ambos podrían articularse (Modonesi, 2010, p. 32)

Si bien Modonesi sostiene que existen dos posibles interpretaciones para el cambio de clase a grupos, pensar que Gramsci está siendo más preciso en su manejo de la noción de clase parece ser un poco forzado, de hecho parece tener más sentido el sostener que el cambio de nomenclatura tiene que ver con el deseo de abordar cada vez más fenómenos políticos y socio-culturales. Eso que ya sostuvieron Laclau y Mouffe, y que por supuesto fue lo que entendió Ranajit Guha cuando a partir de las preocupaciones Gramscianas da

---

<sup>4</sup> Esta última realidad es documentada y conceptualizada por el sociólogo Bourdieu bajo las categorías de “doxa” y “habitus”. En ambas categorías queda plasmada la realidad de la incorporación de la dominación por parte de los que ya podemos llamar como subalternos, de hecho Bourdieu sostendrá que lo que los marxistas han llamado ideología, muchas veces no es más que un saber popular que no se impone desde arriba y no tiene efectos en la relación sociedad civil-Estado. En esa medida las personas no diestras en las matemáticas pueden llegar a justificar la superioridad de un matemático con respecto a ellas, y en esa línea les parece bien que el matemático viva mejor que ellas, sin importar que el lenguaje matemático solo sea un lenguaje más, un abstracción del mundo más (Žižek, 2003)

inicio al Grupo de Estudios Subalternos (GES) en la India. El grupo bajo la influencia de los seis puntos<sup>5</sup> que Gramsci enuncia para un estudio juicioso y necesario de los grupos subalternos, se lanza a la tarea de “demostrar cómo, en las transformaciones políticas que ocurrieron en la sociedad india colonial y poscolonial, los subalternos no sólo desarrollaron sus propias estrategias de resistencia, sino que de hecho contribuyeron a definir y refinar las opciones de la elite” (Mallon, 2010). Otro punto importante para el toque entre las preocupaciones gramscianas y las del GES, es que la India sufría el mismo inconveniente que sufrió tanto Italia como Rusia en su momento, la burguesía no tenía la fuerza para consolidarse, y los obreros, que tampoco la tenían, debían realizar las tareas históricas de la burguesía. Sin embargo existe una diferencia, y es que los campesinos alcanzarán un papel central en el proceso (Mallon, 2010).

Llegados a este punto, de la definición del subalterno, los estudios de la subalternidad se empiezan a separar del marxismo, en opinión de quien escribe mucho más en términos discursivos que en términos auténticos. Por lo menos en un principio. Más tarde sí se dará una separación mucho más fuerte por la metodología utilizada en los análisis, que como se verá también es un punto conciliable. Sin embargo el punto irreconciliable tendrá que ver con el vicio del conjunto de los estudios culturales, conjunto del que la subalternidad hace parte tanto por sus preocupaciones como por su metodología, como bien señala John Beverley (Castro-Gómez, 2005). Sin embargo véase antes de forma breve el trasegar del GES.

El GES nace junto con la primera publicación de *Estudios Subalternos* en 1981, donde Guha definirá al subalterno como cualquiera que sea dominado, ya sea por clase, género, casta, o cualquier otra forma (Mallon, 2010). Si bien el grupo se alimentará de conceptos gramscianos como hegemonía o subalterno, que a la final son también marxistas, el GES rechazará junto con las demás tradiciones históricas concebidas como tradicionales y eurocéntricas al marxismo, dado que trató a los subalternos como grupos sin autonomía (Mallon, 2010). Ese rechazo puede encontrar razón en la influencia que tenían los

---

<sup>5</sup> Las clases subalternas, *por definición, no están unificadas y no pueden unificarse hasta que no puedan volverse Estado*: su historia, por lo tanto, está trenzada con la de la sociedad civil, es una función “desagregada” y *discontinua* de la historia de la sociedad civil y, *por este medio, de la historia de los Estados o grupos de Estados*. Por lo tanto, es preciso estudiar: 1) el proceso de formación objetiva de los grupos sociales subalternos a través del desarrollo y las transformaciones que tiene lugar en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen en grupos sociales preexistentes, *de los que conservan durante cierto tiempo la mentalidad, la ideología y los fines*; 2) su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos de influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones *propias y las consecuencias que tales intentos tienen en la determinación de procesos de descomposición y de renovación o de neoformación*; 3) el nacimiento de partidos nuevos de los grupos dominantes para mantener *el consenso* y el control de los grupos subalternos; 4) las formaciones propias de los grupos subalternos *para reivindicaciones* de carácter restringido y parcial; 5) las nuevas formaciones que afirman la autonomía de los grupos subalternos pero en los viejos cuadros; 6) las formaciones que afirman la autonomía integral, etcétera. La lista de estas fases puede hacerse más precisa con fases intermedias o con combinaciones de varias fases. El historiador debe señalar y justificar la línea de desarrollo hacia la autonomía integral, desde las fases más primitivas, debe señalar cada manifestación del “espíritu de escisión” soreliano. Pero la historia de los partidos de los grupos subalternos es muy compleja, en cuanto debe incluir todas las repercusiones de las actividades del partido, para toda el área de los *grupos subalternos* en su conjunto, y *sobre las actitudes de los grupos dominantes y debe incluir las repercusiones de las actividades mucho más eficaces, porque sostenidas por el Estado, de los grupos dominantes sobre los subalternos y sus partidos*. Entre los *grupos subalternos* uno ejercerá o *tenderá a ejercer* cierta hegemonía *a través de un partido* y esto hay que fijar estudiando los desarrollos de todos los otros partidos en cuanto incluyen elementos del *grupo* hegemónico o de los otros *grupos* subalternos que sufren esta hegemonía. (Modonesi, 2010, pp. 34-35)

estudios culturales en el GES, que a partir de los años ochenta abandonaron las raíces marxistas para abrirle paso al multiculturalismo. Finalmente dado la dificultad que representaba abordar a los subalternos de acuerdo al programa gramsciano, se adoptaron nuevas metodologías como la deconstrucción de textos en la búsqueda de conceptos como jerarquía y poder, algo que en últimas desvirtuó el entendimiento de los subalternos como autónomos (Mallon, 2010).

Los estudios subalternos se replicaron en Latinoamérica en los años noventa, en gran medida por una serie de eventos que el mismo grupo latinoamericano reconoce en su manifiesto. En primer lugar el grupo sostendrá que el nacionalismo y los enfoques tradicionales de los que buscara escapar el GES de la India existen y persisten en América Latina (GLES, 1998). Luego serán una serie de eventos sociales los que de alguna manera llevan a pensar las cosas de una manera diferente a la marxista tradicional, empezando por las decepciones tanto de la revolución mexicana como de la cubana, pasando por la aparición de nuevos actores políticos como los estudiantes, y terminando en la llegada de nuevos enfoques teóricos como el posestructuralismo francés, Frankfurt, el marxismo gramsciano y la difusión de los estudios subalternos en América (GLES, 1998). El método de este grupo conformado casi en su totalidad por críticos literarios será también deconstructivo.

Los estudios subalternos y el marxismo se alejan tanto en lo sostenido por el grupo en la India como por el grupo en América Latina, a lo que tampoco tardan en responder algunos marxistas ortodoxos declarando lo inconveniente de esos estudios (Mallon, 2010). Sin embargo en opinión de quien escribe tal escisión se debe mucho más a un momento político que a diferencias realmente profundas entre el marxismo y la subalternidad, y por supuesto, a lo que Mabel Moraña denominará como una moda lucrativa para las economías culturales que se mueven al interior de las academias en el mundo. Es por lo anterior que lo subalterno se transforma en un simulacro cuando por motivos de viabilidad política y de mercado se le separa del marxismo, y sobre todo, cuando se abandonan las prácticas emancipadoras para dedicarse a deconstruir el mundo.

#### **IV.- EL SIMULACRO DEL SUBALTERNO.**

La división entre marxismo y subalternidad llega a un punto muy difícil de superar cuando por el lado de los estudios subalternos se rechaza al marxismo, y por el lado del marxismo se rechaza cualquier método posmoderno de aproximación al *discurso*, sin embargo la reconciliación entre ambas perspectivas es tan posible como necesaria de cara a la realización de ambas. Es posible si se tiene en cuenta la perspectiva que Laclau y Mouffe lanzan con el posmarxismo, donde el marxismo se reconcilia con métodos posmodernos como el análisis del discurso. Y es posible si se reconoce el vicio en el que caen los estudios subalternos cuando crean simulacros en torno al sujeto subalterno, mapas virtuales de esos sujetos que olvidan lo real por el mismo exceso de realidad. La hiperrealidad es el terreno de los estudios subalternos cuando deciden la deconstrucción del mundo sobre la práctica emancipadora.

Hasta acá se ha sostenido que los estudios subalternos, en un momento dado, decidieron deconstruir el mundo en vez de lanzarse a liberarlo ¿pero a qué viene esta afirmación? Tanto los estudios subalternos como la totalidad de los estudios culturales posteriores a los años 80 dieron un viraje metodológico radical, se abandonó el marxismo fundador y

se acogió una perspectiva multiculturalista y deconstructiva. Si bien la deconstrucción a probado su valía para develar relaciones de poder ocultas (aunque en ello pueda fácilmente trabajarse hasta el final de los días), el multiculturalismo ha resultado ser una herramienta fabulosa para dos cosas: en primer lugar legitimar el sistema capitalista (Barboza, 2006) y en segundo lugar simular que se lucha por el oprimido a la manera como Baudrillard lo planteara cuando se refería a las auto indulgencias de las personas que consumen en la calidez de su hogar los horrores del mundo exterior (Baudrillard, 2009). En el caso de los estudios subalternos pareciese que cuando se pontifica sobre la tan sonada autonomía de los subalternos, esos sujetos hubieran querido vivir tal cuál viven, y cuando se niega por completo el que el historiador sea más que un filmador de las crónicas subalternas<sup>6</sup>, se cae en el problemático multiculturalismo, donde el investigador y el que consulta el resultado de la investigación se convierte en el consumidor de una particular de visión del mundo, respetable solo por ser tan singular y única, y como no es válido controvertirla o cotejarla frente a otras, un quietismo desesperante, igual que el de un espectador del *Discovery Channel*, se apodera de los consumidores y productores.

Mabel Moraña siguiendo la línea que se plantea aquí realiza también una crítica potente a lo que ella llamara “el boom del subalterno”. Moraña teniendo en cuenta la razón que hace nacer a los estudios subalternos en América Latina, la derrota histórica de la izquierda en los años 80, dirá que:

Primero, lo de "boom" hace alusión al montaje ideológico-conceptual que promueve la subalternidad como parte de una agenda exterior, vinculada a un mercado donde aquella noción se afirma como un valor de uso e intercambio ideológico y como marca de un producto que se incorpora, a través de diversas estrategias de promoción y reproducción ideológica, al consumo cultural globalizado. En un segundo nivel, la expresión se refiere al modo en que las relaciones de subordinación (explotación, sujeción, marginación, dependencia) político-social se transforman en campo de conocimiento, o sea se re-producen como objeto de interpretación y espacio de poder representacional. En un tercer nivel, la expresión se refiere al modo en que ese objeto de conocimiento es elaborado (tematizado) desde una determinada posición de discurso o lugar de enunciación: la academia, los centros culturales y fundaciones a nivel internacional, la "vanguardia" ideológica, donde la misma ubicación jerárquica del emisor parece eximirlo de la necesidad de legitimar el lugar desde donde se habla (Morña, 1998, p. 180).

En resumidas cuentas Moraña dirá que la subalternidad es una marca que se presenta a los mercados culturales, y que ella al ser elaborada en las “vanguardias ideológicas” del mundo siente que no necesita legitimar el lugar de donde se habla. Es importante recordar en este punto que la mayor parte de las reflexiones subalternistas vienen de los Estados Unidos, lo que para muchos hecha por tierra las posturas que los estudios

---

<sup>6</sup> Es el caso del debate Mallon-Beverley, que da comienzo cuando Mallon responde a una serie de críticas esbozadas en el manifiesto inaugural del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (GLES) a la historia social. Mallon sostendrá que ha diferencia de lo que propone el GLES, los subalternos ya habían sido tocados por la historia social, y que el texto centrismo del GLES debería contemplar la posibilidad de hacer análisis empíricamente informados, sin que por eso fueran trabajos positivistas. Beverley responderá que Mallon al no abandonar la omnisciencia del historiador sobre su objeto tal como Guha lo hiciese, es una historiadora positivista, muy a pesar de que su trabajo sea tan reconocido por dar voz y relevancia a los campesinos frente a las crónicas y las historias de las élites. Puede decirse que la pelea de Beverley en este punto es que Mallon se atrevió a controvertir algunas de las declaraciones campesinas (Bustos, 2002).

subalternos mantienen de dialogo sur-sur frente a las imposiciones norte-sur. Dado el funcionamiento mismo de la comunidad de los estudios subalternos parece hacerse más fuerte la idea de que se esta frente a las dinámicas de los mercados culturales y por lo tanto, a la precesión de simulacros que crean la hiperrealidad de la que tanto hablara Baudrillard. El subalterno en este punto parece no ser más que la ventana por la que un grupo de liberales bohemios mira un mundo que estéticamente les desagrada.

Habiendo ya repasado los problemas de la subalternidad, bien hace repasar los que el marxismo tiene. El marxismo, desde algunos sectores, ha sido tremendamente intransigente en lo que respecta al abandono de su esencialismo y a la recepción de métodos posestructurales que entre otras cosas, han tratado de explicar la decepción profunda que dejó el socialismo realmente existente. Geras, uno de los contradictores más fuertes del trabajo de Laclau y Mouffe es junto con Alex Callinicos tal vez de las figuras más contestatarias frente al posestructuralismo. Sin embargo Callinicos reconoce un par de aspectos interesantes.

“¿Qué tienen en común entonces, el marxismo y el post-estructuralismo? A menos tres cosas. La primera es una oposición a la tendencia del estructuralismo clásico (...) a reducir la heterogeneidad y la diferencia a los efectos de una estructura invariante. (...). En segundo lugar, ambos negaban que el sujeto pudiese ser tratado como el centro productor de significado de la historia humana. (...) Este anti-humanismo está estrechamente emparentado con una tercera característica común, a saber, una crítica de lo que Wilfred Sellars llamó el mito de lo dado, la doctrina de que la realidad está directamente dada al sujeto.”(Callinicos, 1998, pp. 266-267).

Si bien Callinicos aborrece el textualismo que inspira a la teoría del discurso, rescatará la obra de Bakhtin frente al lenguaje y sostendrá que efectivamente es posible, desde el marxismo, abordar realidades discursivas, teniendo siempre en cuenta que lo discursivo tiene referentes extra-discursivos. Laclau y Mouffe sostendrán que los referentes extra-discursivos son una ficción esencialista, y por tanto idealista. Sin embargo en su posmarxismo todavía rescatan aportes muy importantes del marxismo rescatándolo de la actual moda de tirarlo por la borda, tal como lo hacen los estudios subalternos. Para los autores de “Hegemonía y estrategia socialista” el proyecto emancipador debe seguir su curso, si bien, tal como muestran en su historia del marxismo, la teoría debe abandonar los elementos esencialistas, el marxismo debe seguir existiendo no solo en cuanto que marcó un momento transicional en la historia del pensamiento. También porque es una doctrina que abraza la emancipación de la humanidad en su conjunto.

## V.- CONCLUSIONES.

Como se ha visto hasta ahora, si bien la subalternidad se nutre de forma innegable de aportes marxistas, los estudios subalternos en una actitud que puede ser leída como estratégica, en términos de mercado, ha rechazado al marxismo por ser supuestamente una de las visiones tradicionales y eurocéntricas de la historia<sup>7</sup>. Así mismo, al seguir la estela de los estudios culturales norteamericanos, que olvidaron también su herencia marxista británica, acabaron desarrollando miradas multiculturales que terminaban forjando imágenes hiperreales de los subalternos, imágenes que impedían cualquier tipo

---

<sup>7</sup> Punto que ha sido refutado contundentemente por José Aricó cuando recuerda que Marx, en la medida de su posibilidad histórica y material, intento abordó a América Latina desde la peculiaridad de su espacio (Aricó, 2010).

de propuesta revolucionaria, ya que solo los subalternos, en su autonomía, debían ser quienes las realizaran.

La autonomía de los subalternos es algo que resulta polémico en la teoría, pues como mencionara Modonesi, para sostener eso los estudios subalternos tendrían que haber evaluado algo que no evaluaron: la conciencia y el antagonismo (Modonesi, 2010). Pero pese a ello la subalternidad es reconciliable con el marxismo si, en primer lugar, el marxismo abandona sus posturas esencialistas y advierte que el mismo marxismo ha ido transitando hacia no solo la apertura categorial, ha ido transitando también hacia la estimación de conceptos que rebasan las concebidas estructuras económicas, conceptos como el poder, la hegemonía y el mismo subalterno. Por otro lado los estudios subalternos deben dejar de negar su origen y despreciar los grandes avances de las ciencias sociales solo porque sean realizados desde posturas marxistas, ya que ellos también estarían ignorando la historia del marxismo y su avance hacia el fin del esencialismo.

El *ethos* tanto del marxismo como de los estudios subalternos no es sencillamente conocer, es cambiar el mundo. Las razones que puedan existir para la fragmentación, si no son efectivamente dadas por los mercados culturales, son irrelevantes y conciliables en orden a alcanzar la libertad y la igualdad. Marxismo y estudios subalternos deben unirse en un solo esfuerzo para contrarrestar problemas que ahora mismo no solo persisten en el encadenamiento de la humanidad, amenazan la misma existencia del ser humano.

### **Bibliografía:**

Aricó, J. (2010). *Marx y América Latina*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Barboza, E. (2006). EN CUANTO A LOS ESTUDIOS CULTURALES CONTEMPORÁNEOS: ALGUNAS OBSERVACIONES DESDE EL MARXISMO ACTUAL. *InterSedes: Revista de las Sedes Regionales*, VII(13), 55-65.

Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo: Sus mitos, sus estructuras*. España: Siglo XXI. Recuperado a partir de

Bustos, G. (2002). ENFOQUE SUBALTERNO E HISTORIA LATINOAMERICANA: NACIÓN, SUBALTERNIDAD Y ESCRITURA DE LA HISTORIA EN EL DEBATE MALLON BEVERLEY. *Fronteras de la Historia*, VII, 229-250.

Callinicos, J. (1998). *Modernidad y Postmodernidad*. (J. Picó, Ed.). Madrid: Alianza ed.

Castro-Gómez, S. (2005). *La Poscolonialidad Explicada a Los Niños*. Universidad del Cauca.

GLES. (1998). *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. (S. Castro-Gómez, Ed.). México: Miguel Ángel Porrúa.

Harnecker, M. (2007). *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. México: Siglo XXI.

Laclau, E., & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.

Laclau, E., & Mouffe, C. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Mallon, F. (2010). *Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde / sobre América Latina* (Sandobal, P, Ed.). Instituto de Estudios Peruanos.

Moraña, M. (1998). *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. (S. Castro-Gómez, Ed.). México: Miguel Ángel Porrúa.

Modonesi, M. (2010). *Subalternidad, Antagonismo, Autonomía Marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Žižek, S. (Ed.). (2003). *Ideología un mapa de la cuestión*. México: Fondo de Cultura Económica.